

DISCURSO EN LA CONFERENCIA TRICONTINENTAL

Cmdfo. Luis Augusto Turcios Lima

Compañeros de lucha de Asia, Africa y América Latina:

Permítanme ante todo expresar a nombre del pueblo de mi país un saludo revolucionario y militante para el heroico pueblo hermano de Cuba en ocasión del séptimo aniversario de su gloriosa Revolución, jalón inicial de la revolución latinoamericana.

Deseo también expresar el agradecimiento emocionado de la delegación que presido por la solidaria acogida que el pueblo cubano en masa ha brindado a los representantes de los pueblos de Asia, Africa y América Latina. Hemos sentido muy cercana la manifestación de combativa y fraternal solidaridad del pueblo cubano.

Compañeros delegados: la delegación que represento trae a esta importante conferencia la voz de un país cuyo solo nombre equivale a una acusación contra el imperialismo norteamericano: Guatemala.

Venimos, sin embargo, llenos de confianza porque sabemos que en nuestra época el camino de la victoria está siempre abierto para los pueblos, grandes o pequeños, que luchan por su liberación nacional, por la independencia económica, política y social, si emprenden con decisión el combate y cuentan con la resuelta solidaridad de todos los demás pueblos.

Los restos coloniales, el imperialismo y el neocolonialismo, están condenados irremisiblemente a ser barridos de nuestros tres continentes y de toda la tierra por el movimiento revolucionario mundial, del cual las fuerzas liberadoras y antimperialistas constituyen el caudal mayoritario y decisivo.

¹ Discurso de Luis Augusto Turcios Lima, en representación de la delegación guatemalteca, en la Primera conferencia de solidaridad de los pueblos de Asia, Africa y América Latina. La Habana, enero de 1966.

En nuestro pequeño país, Guatemala, se está viviendo con toda crudeza la situación a que son llevados los pueblos de la América Latina por el imperialismo en su esfuerzo por evitar que el ejemplo revolucionario de Cuba cunda por todo el continente. Pero esa situación, caracterizada por la ofensiva desesperada de las fuerzas reaccionarias internas, por el entronizamiento de tiranías militares y la represión violenta no es, ni con mucho, un signo de que el imperialismo pueda cerrarle el paso a la revolución.

Para nosotros la lucha se presenta larga y difícil pero estamos seguros de que se resolverá con la victoria definitiva del pueblo.

La revolución guatemalteca, que se inició en otra época y otras condiciones con la revolución democrática de 1944, y que fue cortada de raíz por la intervención yanqui de 1954, cobró en dolorosa experiencia la necesidad de un nuevo camino. Amargas lecciones sufridas en circunstancias que nos son propias y el ejemplo de la guerra revolucionaria cubana nos sirvieron para encontrar la vía justa: en Guatemala el único cauce de la revolución es la lucha armada, es la guerra revolucionaria que el enemigo con su opresión nos impuso.

Esa guerra ha comenzado ya y se desarrolla con la participación creciente del pueblo «no existiendo posibilidades de lucha pacífica y legal —dice la declaración del Centro provisional de Dirección revolucionaria de las FAR— las fuerzas revolucionarias han tomado el único camino que le queda a nuestro pueblo: responder a la violencia contrarrevolucionaria con la violencia revolucionaria, abrir paso a la revolución guatemalteca con las armas en la mano, impulsar y organizar la guerra revolucionaria del pueblo. En las actuales condiciones históricas, el camino de nuestra revolución no pasa por las urnas electorales».

El pueblo no puede esperar a que el régimen enemigo se desplome derrotado a sus pies, desgarrado por sus contradicciones internas. En realidad, la estrategia neocolonial del imperialismo yanqui que nuestro pueblo ha venido sufriendo por más de medio siglo, es una especie de guerra silenciosa en que las armas del adversario son la explotación, la miseria y el hambre, el analfabetismo, la discriminación racial, la represión sistemática, en ocasiones convenientemente institucionalizadas.

Nunca hubo verdaderas posibilidades de libertad para el pueblo en las pausas de aparente y engañosa legalidad. El proceso describe siempre un círculo vicioso que pasa por reformas, cambios aparentes, ilusiones de democracia que pueden llegar hasta limitados desplazamientos en el poder, seguido

luego de presiones, amenazas, intervención imperialista y vuelta de nuevo a la represión, al poder militar, al golpe de Estado. Esta historia se ha repetido ya por muchas décadas y en definitiva el poder efectivo queda siempre en las mismas manos, el imperialismo mantiene su dominio y el pueblo continúa oprimido, debatiéndose en la agonía sin fe de la explotación más despiadada: éste es el juego del neocolonialismo, disfrazado de aparente y formal independencia.

Pero a todo esto hemos dicho: «¡Basta ya!», hemos llegado al borde y hemos decidido poner fin a esa guerra silenciosa en que solamente el bando popular sufre las bajas. La guerra revolucionaria, la guerra del pueblo ha empezado ya y aunque sabemos que tendremos que soportar muchos sufrimientos, muertes y destrucción por largo tiempo, estamos resueltos a no detenerla hasta que el pueblo tome el poder en sus manos. Sobre esto no podemos engañarnos ni engañar al pueblo: la victoria popular tiene un precio muy alto.

Para llevar a cabo esta lucha se constituyeron las Fuerzas armadas rebeldes, el instrumento político y militar que necesita el pueblo guatemalteco para conducir la guerra. Nuestra organización crece nutriéndose del pueblo, del campesinado, de la clase obrera, de estudiantes y de otras capas populares.

Al concebir la guerra revolucionaria como un movimiento que se desplaza del campo a la ciudad, hemos definido al campesinado como la fuerza principal de la revolución. Son los campesinos los que en mayor grado fortalecen a las FAR, desde su organización clandestina encargada del trabajo político y de apoyo hasta las filas guerrilleras.

El campesinado guatemalteco está formado en su enorme mayoría por las masas indígenas, grupos nacionales de glorioso origen maya, la civilización precolombina más notable del continente. La ideología colonialista, para facilitar más el sojuzgamiento de este pueblo maravilloso, impuso la deformación de la cultura indígena y la discriminación racial. Por largo tiempo se consideró a los indios como seres inferiores, como pueblos atrasados incapaces de asimilar el progreso y la técnica. No pocos revolucionarios en el pasado fueron presa de esta ideología y consideraron a las masas indígenas como un peso muerto para la revolución. La experiencia de la lucha guerrillera ha demostrado que el campesino indígena lejos de ser un obstáculo para la revolución, es su fuerza decisiva.

No hay pueblo, por atrasado que lo haya dejado la opresión, que no pueda ser movilizado por la lucha armada de liberación con una línea correcta.

La situación concreta del campo y la vía de nuestra revolución permiten que estas masas campesinas puedan ser movilizadas, no partiendo de su nivel de conciencia, sino del grado de explotación que sufren.

La expresión más avanzada de nuestra lucha se da en el establecimiento de las primeras zonas guerrilleras, en particular del frente guerrillero Edgar Ibarra. Este frente guerrillero tiene ya más de dos años de haberse formado y ahora podemos asegurar que se ha afianzado definitivamente. Subsistió y ahora se fortalece porque supo ganar y organizar el apoyo de los campesinos. El frente guerrillero se consolida porque ha forjado, ha templado a un amplio núcleo de guerrilleros de gran convicción revolucionaria y de indomable espíritu de sacrificio. Estos factores morales han sido conformados en la comprensión de lo largo y difícil de nuestra guerra y en la seguridad del triunfo del pueblo, en la magnitud del enemigo y las consecuencias de su largo asentamiento y en su debilidad definitiva ante el empuje del pueblo armado. En las guerrillas se está formando el nuevo pueblo armado. En las guerrillas se está formando el nuevo hombre guatemalteco y es a este factor al que debemos principalmente que los cercos y ofensivas del ejército, orientado por técnicos yanquis y pertrechado por el imperialismo, y donde ya han tomado parte unidades de otros ejércitos centroamericanos, no hayan tenido éxito contra nosotros.

El enemigo siempre busca, sin embargo, causarle bajas al pueblo y como no puede golpear a los guerrilleros, se ensaña con la población campesina asesinando, incendiando viviendas, destruyendo aldeas, violando mujeres, mutilando y torturando: es un saldo inevitable de esta lucha a muerte que, lejos de amedrentar al pueblo, lo enardece; temple aún más su decisión para el combate.

Pero el pueblo no deja pasar estas depredaciones, ese terror contrarrevolucionario que ha sufrido ya por más de diez años, sin aplicar la justicia popular que en nuestro país se ha caracterizado por lo inexorable de su ejecución. Son numerosos los verdugos y esbirros a quienes las unidades de las FAR han saldado cuentas.

En las ciudades y poblaciones de ciertas zonas, a las que llamamos regiones de resistencia, actúan nuestras unidades especiales que llevan a cabo acciones de sabotaje, hostigamiento y agitación contra el gobierno y las empresas norteamericanas, contra los explotadores y elementos reaccionarios más notorios. Otras unidades de las FAR realizan acciones de recaudación de impuestos forzosos que toma varias formas incluyendo el secuestro. No

tenemos inconveniente en proclamarlo. Creemos que a los explotadores se les debe arrancar el trabajo del pueblo que ellos han robado, para que así también ayuden, obligadamente, a costear la guerra revolucionaria.

Nuestra estrategia, que debe tomar en cuenta necesariamente la estrategia enemiga, contempla en un determinado momento que puede producirse, según sean las condiciones, la intervención directa de las fuerzas armadas del imperialismo norteamericano. Preveíamos esto desde antes que se produjera la invasión yanqui a la República Dominicana. La brutal acción cometida contra el hermano pueblo dominicano sólo nos vino a corroborar esta presunción.

Al proponernos extender la guerra revolucionaria a todo el país contemplamos siempre esa fase futura de nuestra lucha y para ella nos preparamos, no tanto material como ideológica y moralmente. Los ejemplos del pueblo heroico de Viet Nam y del bravo pueblo de la República Dominicana son los elementos centrales de esta preparación.

Un pueblo con toda su fuerza interna, su determinación de vencer a toda costa y con el apoyo de los demás pueblos combatientes, puede hacer frente al imperialismo. Aquí tenemos otro ejemplo luminoso con la Revolución cubana. Y por la importancia que reviste en nuestro tiempo la solidaridad es que esta conferencia tiene para nosotros vital significación.

La solidaridad no es solamente un deber revolucionario sino una necesidad histórica en el proceso de nuestra lucha común contra el imperialismo. Es la fuerza principal que une a los pueblos de Asia, África y América Latina.

Aparte de afinidades culturales o históricas, que se dan en muchos casos, es la necesidad de luchar todos juntos contra el mayor enemigo de nuestros pueblos lo que nos acerca. De esta vinculación básica deben desprenderse todas las demás. Así entendemos nosotros el contenido de la solidaridad entre los africanos, los asiáticos y los latinoamericanos.

Por esa razón creemos necesario señalar que la primera y más importante forma de esta solidaridad es la lucha misma. Toda acción que se realice, todo golpe que se dé, todo combate que se multiplique contra el imperialismo es solidaridad efectiva con los demás pueblos de los tres continentes. Su carácter puede ser variado, su intensidad puede ser distinta, su forma puede ser múltiple; lo que importa es que hiera, que socave, que golpee al imperialismo.

Consideramos que la posición indeclinable de la lucha antimperialista y de solidaridad sin reservas que mantiene Cuba a 90 millas de los EE.UU. y en medio del más estrecho bloqueo económico es la manifestación más cabal del internacionalismo.

Consideramos que la heroica lucha del pueblo vietnamita es la mejor, más alta y más valiosa contribución de solidaridad que se hace en la lucha mundial contra el imperialismo.

Viet Nam está en nuestra mente y en nuestros corazones porque formamos a nuestros combatientes en esta concepción de la solidaridad antimperialista. Todos nuestros guerrilleros saben de la lucha heroica del pueblo vietnamita, aunque muchos de ellos no sepan leer, aunque no pocos de ellos apenas comprendan el idioma español.

En un homenaje sencillo, pero para nosotros trascendental, le cambiamos el nombre a una aldea de nuestra zona guerrillera cuya población campesina fue la que más se distinguió por el coraje con que resistió la represión enemiga en una de las ofensivas del ejército títere, y teniendo en el pensamiento a nuestros lejanos camaradas del sudeste asiático, le pusimos como nombre *Nuevo Viet Nam*.

Expresamos nuestro total apoyo y saludo solidario para todos los pueblos que sufren la opresión colonial o imperialista, y en especial para aquéllos que, luchando con las armas en la mano, hacen la contribución mayor a la solidaridad tricontinental. Nuestro saludo especial para los compañeros de Laos y Cambodia, el Congo, Mozambique, Angola y Guinea Portuguesa, Venezuela, Santo Domingo, Perú y Colombia.

Asimismo expresamos nuestra solidaridad con los pueblos que actualmente sufren la embestida de la reacción inspirada de manera directa o indirecta por el imperialismo, como Indonesia, Zimbabwe y Brasil.

La lucha contra el imperialismo necesita de toda la solidaridad posible; es la lucha determinante del futuro de la humanidad. Esta lucha no puede desvincularse del resto del mundo. No puede haber garantía de paz para nadie mientras nuestros pueblos libren luchas sin tregua contra sus opresores, mientras el principal enemigo de la humanidad, el imperialismo, no haya sido totalmente derrotado y para siempre.

Necesitamos el apoyo de los países socialistas, que son baluarte antimperialista decisivo y cuya ayuda moral y material es un factor de primordial importancia en esta gigantesca batalla contra el imperialismo.

La solidaridad de la clase obrera y otras fuerzas progresistas de los países europeos y del pueblo de los EE.UU. es otra fuerza que contribuirá a la liquidación definitiva del imperialismo.

La delegación guatemalteca a la Primera Conferencia de solidaridad de los pueblos de Asia, Africa y América Latina expresa un profundo sentimiento de nuestro pueblo al manifestar que apoya sin reserva la lucha de los pueblos hermanos de los tres continentes por su progreso social, por la independencia económica, por la defensa de sus culturas nacionales.

Creemos que esta conferencia de trascendencia histórica es un golpe mortal para el imperialismo y que por esta misma razón debe ser base de la institucionalización de esa solidaridad tricontinental, dejando estructurado un organismo que canalice, coordine y aplique eficientemente todos los medios de solidaridad antimperialista, a fin de que los esfuerzos materiales y morales y las luchas que nuestros pueblos aporten a la causa que nos une no se dispersen o se pierdan.

Como dice la Segunda declaración de La Habana: «Esta gran humanidad ha dicho ¡basta! y ha echado a andar», estamos seguros de que ya no detendrá su marcha hasta no haber aplastado al enemigo.

¡VIVA LA SOLIDARIDAD DE LOS PUEBLOS DE AFRICA, ASIA Y AMERICA LATINA!

¡MUERA EL IMPERIALISMO!

ARG. 853

